

El delta en el crepúsculo

J.G. Ballard

TODAS LAS TARDES, cuando el crepúsculo denso y polvoriento se extendía sobre los riachos y el lodo seco del delta, las serpientes salían a las playas. Somno-liento, tendido en la silla de mimbre plegadiza, bajo el toldo del pabellón, Charles Gifford miraba las formas sinuosas que se enroscaban y desenroscaban subiendo por las cuevas. En la opaca luz azul el crepúsculo barría las playas húmedas como un reflector que iba apagándose, y los cuerpos entrelazados brillaban con un resplandor casi fosforescente.

Los riachos más cercanos estaban a trescientos metros del campamento, pero por algún motivo la aparición de las serpientes coincidía con la recuperación de Gifford, que salía de la fiebre de la tarde. Cuando la fiebre se iba, llevándose consigo el diorama ya familiar de unos reptiles espectrales, Gifford se sentaba en la silla de mimbre y descubría las serpientes que se arrastraban por las playas, casi como si fueran aquellos mismos sueños materializados. Involuntariamente examinaba la arena alrededor del pabellón buscando rastros de pieles húmedas.

—Lo raro es que salen siempre a la misma hora —le dijo al guía indio que había dejado la cocina del campamento y lo cubría ahora con una manta—. En un momento no hay nada allí, y en el siguiente miles de ellas pululan en todo el barro.

—¿No frío, señor? —preguntó el indio.

—Míralas ahora, antes que desaparezca la luz. Es realmente fantástico. Tiene que haber un umbral claro y definido... —Trató de alzar la cara pálida y barbuda sobre el arco de protección del pie, y dijo de pronto: —¡Está bien! ¡Está bien!

—¿Doctor?

El guía, un indio de treinta años llamado Mechipe, siguió arreglando el arco, volviendo a Gifford una cara de teca venosa y curtida, y mirándolo con ojos límpidos.

—¡Te dije que te apartaras!

Apoyándose débilmente en un codo, Gifford observó cómo la luz se apagaba ahora sobre los tortuosos terraplenes del delta, barriendo una última imagen de las serpientes. Todas las tardes, a medida que el calor del verano aumentaba, los animales eran más numerosos, como si conociesen de algún modo los períodos de fiebre de Gifford, cada vez más largos.

—Señor, ¿traigo otra manta?

—No, por Dios —dijo Gifford.

Los hombros flacos le temblaban en el aire frío del atardecer, pero ignoró la molestia. Se miró el cuerpo inerte y cadavérico bajo la manta, examinándolo con una indiferencia que no había sentido por los indios desconocidos que agonizaban en el

hospital de campaña de la OMS, en Taxcol. Al menos había una tranquilidad pasiva en los indios, la impresión de que la integridad de la carne y el espíritu estaba en ellos todavía intacta, y que el fracaso de uno de los dos no hacía otra cosa que reforzar aún más esa integridad. Gifford hubiese querido alcanzar ese nivel de fatalismo; hasta el más miserable de los nativos, identificado con el flujo irrevocable de la naturaleza, había cubierto un lapso mayor de años que el de los europeos o norteamericanos más longevos, obsesionados por el paso del tiempo, tratando siempre de incorporar ávidamente las llamadas experiencias significativas. En cambio él, Gifford, había desechado su propio cuerpo, apartándolo como el cónyuge ya inútil de un matrimonio de conveniencia. Esa falta tan notable de fidelidad a sí mismo lo humillaba de veras.

Gifford se palmeó las costillas huesudas.

—No es esto, Mechipe, lo que nos ata a la mortalidad, sino nuestros malditos egos — le sonrió al guía—. Louise estaría de acuerdo, ¿no crees?

El guía miraba una hoguera de desperdicios que crecía detrás del campamento. Bruscamente volvió la cabeza a la figura recostada en la silla, y los ojos le brillaron como puntas de flechas a la luz aceitosa del matorral incendiado.

—¿Señor? ¿Quiere... ?

—Olvidalo —dijo Gifford—. Trae dos whiskies con soda. Y más sillas. ¿Dónde está la señora?

Miró a Mechipe, que no respondió. Los ojos de los dos hombres se encontraron brevemente, en un instante de claridad absoluta. Quince años antes, cuando Gifford había llegado al delta con la primera expedición arqueológica, Mechipe era uno de los ayudantes jóvenes. Ahora, ya en la madurez tardía de los indios —las arrugas y las cicatrices profundas le habían borrado las incisiones en las mejillas—, era experto en cuestiones de campamento.

—La señora Gifford... descansa —dijo Mechipe críticamente, y continuó tratando de cambiar el tempo y la dirección del diálogo—: Le diré al señor Lowry y luego traigo el whisky y una toalla caliente, doctor.

—Está bien, Mechipe.

Recostado, sonriendo irónicamente, Gifford escuchó los pasos del guía que se alejaban por la arena. Los sonidos leves del campo se movían alrededor —el chapoteo del agua en la casilla de la ducha, las voces apagadas de los indios, el gemido de un perro del desierto que rondaba el vaciadero de basura— y Gifford se hundió en el cuerpo flaco y cansado, tendido allí como una colección de huesos en un saco de noche, notando en los miembros que los sentidos debilitados del tacto y la presión despertaban de nuevo.

A la luz de la luna las playas blancas del delta resplandecían como riberas de tiza luminosa; las serpientes emponzoñaban la cuesta como las adoradoras de un sol de medianoche.

Media hora después, bebieron juntos los whiskies en el aire oscurecido. Reanimado por el masaje, Charles Gifford se sentó erguido en la silla, moviendo el vaso. El whisky le había aclarado el cerebro un momento; por lo general no le gustaba hablar de las serpientes delante de Louise, y menos aún delante de Lowry, pero el número de

aquellas criaturas había aumentado tanto que le pareció importante mencionarlas. Sentía además el placer algo malicioso —menos divertido ahora que en otro tiempo— de ver cómo Louise se estremecía ante la menor alusión a las serpientes.

—Lo más extraordinario —explicó— es cómo aparecen en las playas a la misma hora. Debe de haber un nivel preciso de luminosidad, un número exacto de fotones al que responden... presumiblemente una reacción innata.

El doctor Richard Lowry, ayudante de Gifford y conductor interino de la expedición desde el día del accidente, sentado ahora en el borde de la silla de lona, observó incómodamente a Gifford haciendo girar el vaso de whisky debajo de la larga nariz. Lo habían puesto de cara al viento, frente a los vendajes flojos que envolvían el pie de Gifford (pequeñas venganzas de esta clase aunque infantiles ayudaban a que Gifford continuara interesándose en la gente) y preguntó apartando la cara:

—¿Pero por qué aumentaron de pronto? Hace un mes no se veía ninguna serpiente.

—Dick, ¡por favor! —Louise Gifford miró a Lowry con una expresión de atormentada fatiga—. ¿Es necesario?

—Hay una respuesta clara —le dijo Gifford a Lowry—. El delta se seca en verano, y empieza a parecerse a las lagunas de cincuenta millones de años atrás. Los anfibios gigantes habían muerto entonces, y los reptiles pequeños eran la especie dominante. Esas serpientes llevan en sí quizá lo que es de algún modo un paisaje interior cifrado, una imagen del paleoceno tan nítida como nuestros propios recuerdos de Nueva York y Londres —se volvió hacia Louise y la distante fogata de desperdicios le cubrió la cara de sombras—. ¿Qué pasa, Louise? No me digas que no recuerdas Nueva York y Londres.

—No sé si las recuerdo o no —Louise apartó un rizo rebelde que le caía sobre la frente—. Quisiera que no pensases todo el tiempo en esos animales.

—Bueno, estoy empezando a entenderlos. Me ha desconcertado siempre que aparezcan a la misma hora. Además no tengo otra cosa que hacer. No quiero quedarme aquí sentado, mirando esa maldita ruina tolteca.

Hizo un ademán hacia la colina de piedra arenisca que se alzaba contra las nubes blancas iluminadas por la luna, a orillas del banco aluvial, a un kilómetro del campamento. Antes del accidente de Gifford las sillas habían mirado hacia las ruinas de la ciudad de terrazas que asomaba entre los cardos de la colina. Pero Gifford se había cansado de mirar todo el día las galenas y columnatas desmoronadas donde Louise y Lowry trabajaban juntos. Le dijo a Mechipe que desmontase el toldo y lo volviera noventa grados, pues quería conservar la última luz del crepúsculo apagándose sobre el delta occidental. Las llameantes hogueras de residuos que veían ahora animaban apenas la escena. Una tarde, luego de contemplar durante horas los riachuelos interminables y los bancos de lodo —el-agua descendía en el verano descubriendo unas orillas cada vez más sinuosas—, Gifford había visto por primera vez las serpientes.

—Quizá sólo buscan un poco de oxígeno —comentó Lowry. Notó que Gifford lo miraba con una expresión de fastidio crítico y continuó—: Jung dice que la víbora es ante todo un símbolo del inconsciente, y que se nos aparece anunciando siempre una crisis psíquica.

—Tendría que aceptarlo, quizá —dijo Charles Gifford, y rió de mala gana sacudiendo el pie debajo del arco—. No me queda otro remedio, ¿verdad, Louise? —Louise observaba las fogatas con una expresión de aturdimiento, y antes que ella pudiese responder Gifford continuó—: Aunque en realidad no estoy de acuerdo con Jung. Para mí la serpiente es un símbolo de transformación. Todas las tardes, a la hora del crepúsculo, se recrean aquí las grandes lagunas del paleoceno, no sólo para las serpientes sino también para ustedes y para mí, si miramos con cuidado. Por algo es la serpiente un símbolo de sabiduría.

Richard Lowry frunció el ceño, clavando lo» ojos en el vaso.

—No estoy convencido, señor. Fue el hombre primitivo quien tuvo que asimilar los acontecimientos del mundo exterior a los de la propia psique.

—Absolutamente cierto —replicó Gifford—. ¿De qué otro modo puede tener significado la naturaleza a menos que ilustre un acontecimiento interior? Los únicos paisajes reales son los internos, o sus proyecciones externas, como este delta —le pasó el vaso vacío a Louise—. ¿Estás de acuerdo, Louise? Aunque tú tal vez tengas una opinión freudiana sobre las serpientes.

Este débil golpe de timón, ejecutado con la frialdad que era ahora característica de Gifford, detuvo la charla. Impaciente, Lowry miró su reloj, deseando alejarse cuanto antes de Gifford y aquellas patéticas groserías. Gifford, con una sonrisa helada en los labios, esperaba a que Lowry lo mirara; curiosamente, Lowry le parecía más antipático porque se negaba a tomarse el desquite, que por la relación todavía ambigua pero ya cristalizante entre él y Louise. Mediante esa neutralidad meticulosa y esos buenos modales, Lowry intentaba quizá conservar un mundo al que Gifford había vuelto la espalda, ese mundo en el que no había serpientes en las playas y donde los acontecimientos se sucedían en un solo plano temporal, como la proyección borrosa de un objeto de tres dimensiones en una cámara oscura defectuosa.

La amabilidad de Lowry era también, por supuesto, un esfuerzo por protegerse a sí mismo y proteger a Louise de la lengua irascible de Gifford. Como Hamlet, que aprovechaba la locura para insultar e interrogar a todo el mundo, Gifford utilizaba a menudo el fatigado intervalo de lucidez que seguía a la caída de la fiebre para hacer los comentarios más punzantes. Cuando salía de aquella penumbra superficial, envueltas aún las imágenes de Louise y Lowry por los mándalos rotatorios que veía en sueños, daba rienda suelta a un humor atormentado. Que de este modo estuviese impulsando a Louise y Lowry a un climax inevitable estimulaba aún más a Gifford.

Aquel largo adiós a Louise, prolongado durante tantos años, parecía posible al fin, aunque fuese sólo una parte de un adiós mayor, la inmensa despedida en que Gifford estaba a punto de aventurarse. Los quince años de matrimonio habían sido un poco más que un solo adiós frustrado, una búsqueda de medios para un fin que el firme carácter de los dos había evitado siempre.

Mirando el perfil de Louise, paspado por el sol pero todavía hermoso, el pelo rubio descolorido que le caía sobre los hombros delgados, Gifford comprendió que su aversión no era de ningún modo personal, sino parte del sincero fastidio que sentía por casi toda la raza humana; y esa misma profunda misantropía era sólo un reflejo del impercedero desprecio que sentía por sí mismo. Había pocas personas que él hubiese querido de veras, pero también había habido pocos 5 momentos en los que se hubiera querido a sí mismo. Toda su vida de arqueólogo, desde la temprana adolescencia

cuando había empezado a recoger moluscos fósiles en un cercano crestón de piedra caliza, había sido un esfuerzo inequívoco por regresar al pasado y descubrir el origen de su propia aversión.

—¿Crees que mandarán un aeroplano? —preguntó Louise luego del desayuno, a la mañana siguiente—. Antes hubo un ruido...

—Lo dudo —dijo Lowry alzando los ojos al cielo—. No lo pedimos. Ya nadie utiliza el campo de aterrizaje de Taxcol. El puerto se seca en verano y todos se van de la costa.

—Pero habrá un médico. Tiene que haber quedado alguien.

—Sí, hay un médico permanente para la zona del puerto.

—Un idiota borracho —intervino Gifford—. Me niego a que esas manos infectas me toquen. Olvídate del médico, Louise. Aunque alguien esté dispuesto a venir aquí, ¿cómo crees que llegará?

—Pero Charles...

Gifford, irritado, señaló los resplandecientes bancos de lodo.

—Todo el delta se está secando como una bañera

sucia. Nadie se expondrá a una buena dosis de malaria sólo para entablillarme el tobillo. De todos modos, ese muchacho que envió Mechipe debe de estar haraganeando por ahí todavía.

—Pero Mechipe dijo que era de confianza —Louise miró desanimadamente a Gifford, que se había recostado en la silla—. Dick, tenías que haberlo acompañado. Ya estarías allí ahora.

Lowry asintió, incómodo.

—Bueno, no pensé... Todo se arreglará. ¿Cómo está la pierna, señor?

—Magnífica —Gifford había estado observando el delta. Notó que Lowry lo miraba de reojo con una cara larga y fruncida—. ¿Qué ocurre, Lowry? ¿Le molesta el olor? —De pronto, exasperado, Gifford exclamó: —Hágame un favor y vayase a pasear, amigo.

—¿Qué? —Lowry lo miró sorprendido—. Desde luego, doctor.

Gifford observó la figura acicalada de Lowry que se alejaba muy tiesa entre los toldos.

—Es espantosamente correcto, ¿verdad? Pero todavía no sabe cómo tomar un insulto. Yo me encargaré de que practique.

Louise sacudió la cabeza lentamente.

—¿Es necesario, Charles? Si no contáramos con Richard, estaríamos en un buen aprieto. No creo que seas justo.

—¿Justo? —Gifford repitió la palabra con una mueca—. ¿De qué hablas? Por Dios, Louise.

—Está bien —respondió Louise pacientemente—, pero no tienes por qué culpar a Richard.

—No lo culpo. ¿Eso es lo que dice tu querido Dick? Ahora que esto empieza a oler trata de descargar en mí toda la culpa...

-No...

Malhumorado, Gifford golpeó los brazos de la silla de mimbre.

— ¡Claro que sí! —miró oscuramente a Louise torciendo la boca delgada, enmarcada por la barba—. No te preocupes, querida. Tú también lo harás cuando esto acabe.

—Charles, por favor.

—De todos modos, ¿a quién le importa? —Gifford, agotado, se recostó un momento, y luego, sintiendo la cabeza curiosamente despejada y una calma casi eufórica, empezó otra vez:— Doctor Richard Lowry; cómo le importa el título. Yo no hubiese podido ser tan descarado a esa edad. Un doctorado en filosofía de tercera clase, en mérito a los trabajos que yo hice por él, y se hace llamar "doctor".

—También tú.

—No seas tonta. Recuerdo cuando me ofrecieron por lo menos dos cátedras.

—Pero no pudiste rebajarte aceptándolas —comentó Louise con una pizca de ironía en la voz.

—No, no pude —dijo Gifford con vehemencia—. ¿Sabes lo que es Cambridge, Louise?]Está atestado de Richard Lowrys! Además tuve una idea mucho mejor. Me casé con una mujer rica. Era encantadora, hermosa, y respetaba mi talento caprichoso, aunque de un modo levemente ambiguo. Pero sobre todo era rica.

—Qué agradable para ti.

—Los que se casan por dinero, lo ganan. Yo gané el mío de veras.

—Gracias, Charles.

Gifford rió entre dientes.

—Tú sí que sabes cómo tomar un insulto, Louise. Es un problema de educación. Me sorprende que no hayas elegido algo mejor que Lowry.

—¿Elegido? —Louise rió torpemente—. No sabía que lo había elegido. Creo que Richard es un hombre cortés y bien dispuesto... como tú pensabas cuando lo tomaste de ayudante, dicho sea de paso.

Gifford iba a responder cuando un escalofrío le envolvió el pecho y los hombros. Tiró débilmente de la manta, aplastado por una poderosa sensación de inercia y fatiga. Miró

a Louise con ojos vidriosos, como si ya no recordara la enconada discusión. La luz del sol se había desvanecido, y una profunda oscuridad se extendía sobre la extensión del delta, iluminada un momento por las retorcidas figuras de miles de serpientes. Tratando de ver mejor, Gifford se inclinó hacia adelante, luchando con el íncubo que le oprimía el pecho, cayendo en seguida hacia atrás en un pozo de vértigo y náusea.

—¡Louise!

Louise le tomó rápidamente las manos y le sostuvo la cabeza. Gifford trató de vomitar, luchando con los músculos contraídos como una serpiente que trata de sacarse la piel. Oyó en la penumbra que Louise llamaba a alguien a los gritos, y el arco de protección cayó al suelo, arrastrando las ropas de la silla.

—Louise —susurró Gifford—, quiero que una de estas noches... me lleves al sitio de las culebras.

A menudo, en la tarde, cuando el dolor del pie aumentaba, Gifford abría los ojos y siempre veía a Louise al lado. Los sueños de Gifford no cesaban nunca, y lo llevaban de un plano de ensueño a otro, cada vez más abajo, entronizándolo en los inmensos mándalas, de círculos luminosos.

En los días que siguieron las conversaciones con Louise fueron menos frecuentes. Gifford había empeorado y ya apenas podía hacer otra cosa que mirar hacia los bancos de lodo, casi ajeno a los movimientos y discusiones de alrededor. Louise y Mechipe eran todavía un puente tenue, que lo unía de algún modo a la realidad, pero el verdadero centro de atención de Gifford era el nexo de playas donde las serpientes aparecían a la caída de la tarde. Aquella zona era de veras intemporal, un sitio donde se sentía la simultaneidad del tiempo, la coexistencia de todos los acontecimientos de la vida pasada.

Las serpientes aparecían ahora media hora antes. En una ocasión Gifford vislumbró las formas albinas e inmóviles, tendidas en las laderas al aire caluroso del mediodía. Las pieles blancas como la tiza y las cabezas alzadas, inclinadas como la cabeza de Gifford, les daban un aspecto de inconmensurable antigüedad, como las esfinges blancas de los corredores fúnebres en las tumbas faraónicas de Karnak.

Aunque Gifford se sentía ahora mucho más débil, la infección se había extendido sólo a unos pocos centímetros por encima del tobillo, y Louise entendió en seguida que la agravación era el síntoma de un profundo desorden psicológico, un mal de pasage inducido por el paisaje poderosamente atmosférico que evocaba el mundo-laguna del paleoceno. Durante uno de los intervalos de lucidez de Gifford, Louise propuso mudar el campamento hasta la sombra de la colina, cerca de la ciudad tolteca donde ella y Lowry llevaban a cabo los trabajos arqueológicos.

Pero Gifford se había negado, pues no quería abandonar las serpientes de la playa. La ciudad de terrazas no le gustaba por algún motivo. No le importaba tanto haber traído de allí una infección que ahora le amenazaba la vida. Aceptaba sin demasiados miramientos que éste había sido un accidente desafortunado al que no podía atribuirse ningún significado especial. No obstante, la presencia enigmática de la ciudad de terrazas, de derrumbadas galerías y patios interiores cubiertos de cardos gigantes y musgo, parecía un inmenso artefacto construido por el hombre y que se oponía al naturalismo superreal del delta. La ciudad, lo mismo que el delta, retrocedía ahora en el tiempo, y la decoración barroca de los muros —donde se veían unas divinidades

parecidas a serpientes— se desvanecía reemplazada por los zarcillos entrelazados de las plantas de musgo; las formas pseudoorgánicas que el nombre había grabado allí imitando a la naturaleza retornaban al modelo original. Lejos, detrás, como un inmenso telón de fondo, la antigua ruina tolteca parecía un mastodonte en descomposición, una montaña mortecina de oscuros sueños terrestres que envolvían a Gifford con una presencia luminosa.

—¿Te sientes fuerte como para irnos? —preguntó Louise a Gifford una semana más tarde. No había aún noticias del mensajero de Mechipe. Louise observó a Gifford críticamente. Estaba acostado a la sombra del toldo, y el cuerpo flaco era casi invisible bajo el arco y las mantas; sólo la cara arrogante de barba espesa pertenecía de algún modo al Gifford de antes—. Quizá si nos encontráramos con la cuadrilla de búsqueda a mitad de camino...

Gifford sacudió la cabeza mirando los riachos casi secos del delta, más allá de los llanos calcinados.

—¿Qué cuadrilla de búsqueda? No hay ninguna lancha de tan poco calado entre aquí y Taxcol.

—Quizá manden un helicóptero. Nos podrían ver desde el aire.

—¿Un helicóptero? Estás imaginando cosas, Louise. Tendremos que quedarnos aquí otra semana por lo menos.

—Pero tu pierna —insistió Louise—. Necesitas un médico ...

—¿Cómo quieres que me mueva? Las sacudidas de una camilla me matarían en cinco minutos.

Gifford alzó los ojos fatigados hacia la cara de Louise, pálida y quemada por el sol, esperando que se fuera.

Louise se había inclinado hacia adelante, indecisa. Richard Lowry estaba sentado allí a cincuenta metros, al aire libre, fuera del toldo, tranquilo, observándola. Involuntariamente, antes que Louise pudiese impedirlo, la mano se le movió para arreglar el pelo.

—¿Está Lowry ahí? —preguntó Gifford.

—¿Richard? Sí —Louise titubeó—. Volveremos para el almuerzo. Te cambiaré las vendas entonces.

Cuando Louise se alejó, Gifford alzó ligeramente la barbilla examinando las playas oscurecidas por la niebla de la mañana. Las lomas de barro cocido brillaban como hormigón caliente, y a lo largo de los canales se escurría apenas un débil hilo de fluido negro. Aquí y allá, en el fondo de los canales, asomaban unas isletas de cincuenta metros de diámetro, unos hemisferios perfectos que daban una curiosa formalidad geométrica al paisaje. Toda la zona estaba completamente inmóvil, pero Gifford, recostado en la silla, miraba las playas esperando a que apareciesen las serpientes.

Cuando Mechipe vino a servir el almuerzo, Gifford comprendió que Lowry y Louise no habían regresado de las ruinas.

—Llévatelo —Gifford apartó la escudilla de sopa condensada—. Tráeme un whisky con soda. Doble —miró fijamente al indio—. ¿Dónde está la señora Louise?

Mechipe puso de nuevo en la bandeja la escudilla de sopa.

—La señora vendrá pronto, señor. El sol calienta mucho y se quedará allá hasta la tarde.

Gifford se recostó un momento pensando en Louise y Lowry, y la imagen de los dos juntos tocó en Gifford el último residuo de emoción. En seguida trató de apartar la niebla con un movimiento de la mano.

—¿Qué es eso?

—¿Señor?

—Maldición, pensé que había visto una —la forma blanca que apenas había alcanzado a vislumbrar se desvaneció entre las lomas opalescentes, y Gifford sacudió lentamente la cabeza—. Sin embargo, es demasiado temprano. ¿Dónde está ese whisky?

—Viene, señor.

Jadeando, luego de haberse incorporado en la silla, Gifford miró impaciente los toldos de alrededor. Detrás, en diagonal, emergiendo en el foco alargado de los ojos, asomaban los largos costurones de la ciudad tol-teca. En algún sitio, entre las galerías y los corredores en espiral, estaban Louise y Richard Lowry. Desde las terrazas altas que se alzaban sobre los bancos de arena, el campamento lejano debería de tener el aspecto de unas pocas cascaras blanqueadas por el sol, custodiadas por un muerto asegurado a una silla.

—Querido, lo siento mucho. Tratamos de regresar, pero me torcí un pie... —Louise Gifford rió alegremente—. Casi como te ocurrió a ti, ahora que lo pienso. Quizá te haga compañía dentro de un día o dos. Me alegra que Mechipe te haya cuidado y te cambiara las vendas. ¿Cómo te sientes? Tienes mejor aspecto.

Gifford asintió, somnoliento. La fiebre de la tarde había bajado un poco, pero ahora se sentía agotado, sin fuerzas. Sólo el whisky que había estado tomando a sorbos todo el día daba cierta animación a la presencia locuaz de Louise.

—He pasado el día en el zoológico —dijo, añadiendo con un humor fatigado—: En la jaula de los reptiles.

—Tú y tus culebras, Charles, eres divertido —Louise anduvo alrededor de la silla, frente al viento, y luego se apartó para el lado de sotavento. Le hizo una seña a Richard Lowry, que entraba en la tienda llevando una bandeja de muestra*—. Dick, ¿qué te parece si nos damos una ducha y luego nos juntamos con Charles, para tomar unos tragos?

—Buena idea —respondió Lowry—. ¿Cómo está? —Mucho mejor —dijo Louise, y volviéndose a Gifford continuó—: No te incomoda, ¿verdad, Charles? Te hará bien conversar un poco.

Gifford movió vagamente la cabeza, y cuando Louise desapareció en los toldos, volvió los ojos a las playas. Allí, a la luz de la tarde, las serpientes se escurrían y retorcían, deslizándose unas sobre otras, a lo largo de todo el horizonte, cada vez más oscuro. Había ahora miles de serpientes, extendiéndose más allá de los márgenes de la playa en los terrenos que llegaban al campamento. Durante la tarde, cuando la fiebre había llegado al punto más alto, había tratado de llamarlas, pero tenía la voz demasiado débil.

Luego, mientras tomaban los cócteles, Richard Lowry preguntó:

—¿Cómo se siente, señor? —No obtuvo respuesta de Gifford, y dijo entonces:— Me alegra saber que la pierna ha mejorado.

—Mira, Dick, me parece que es psicológico —dijo Louise—. Tan pronto como tú y yo dejamos de molestarlo, Charles mejora.

Los ojos de Louise se encontraron con los de Lowry, y los dos se miraron un momento. Lowry jugó con el vaso, y una leve sonrisa confiada le asomó en la cara blanda.

—¿Qué hay del mensajero? ¿Hubo noticias? —¿Oíste algo, Charles? Quizá pase un avión en un par de días.

Durante este intercambio de agudezas, y las que se dijeron en los días siguientes, Charles Gifford se mantuvo callado y retraído, hundiéndose cada vez más en el paisaje interior que nacía en las playas del delta. Louise y Richard Lowry se le sentaban al lado por las tardes, cuando regresaban de la ciudad de terrazas, pero Gifford apenas se daba cuenta. Los dos eran ya para él como actores de un melodrama marginal, que se movían en un mundo periférico. De cuando en cuando pensaba en ellos, pero el esfuerzo no parecía tener sentido. Las relaciones de Louise con Lowry no lo inquietaban; en todo caso le agradecía a Lowry que lo hubiera librado de Louise.

Una vez, dos o tres días más tarde, cuando Lowry se le acercó al atardecer, Gifford despertó un momento y dijo secamente:

—Oí decir que encontraron un tesoro en la ciudad de terrazas.

Pero antes que Lowry pudiera contestarle, Gifford había vuelto ya a sus ensoñaciones.

Una noche, poco tiempo después, cuando un súbito espasmo de dolor lo despertó cerca del alba, vio a Louise y Lowry que paseaban en la polvorienta oscuridad azul, cerca de uno de los toldos. Durante un breve instante las dos figuras abrazadas se alzaron como culebras enroscadas en la arena.

—¡Mechipel!

—¿Doctor?

—¡Mechipe!

—Estoy aquí, señor.

—Esta noche, Mechipe —dijo Gifford—, dormirás en mi toldo. ¿Entendido? Te quiero cerca. Acuéstate en mi cama, si quieres. ¿Me oirás si llamo?

—Claro que sí, señor.

La cara de ébano pulido observó a Gifford con cautela. Mechipe cuidaba ahora a Gifford con una atención reveladora: Gifford, aunque todavía un novato, había entrado al fin en un mundo de valores absolutos, compuesto por el delta y las serpientes, la presencia melancólica de las ruinas toltecas, y la pierna moribunda.

Pasó la medianoche y Gifford se quedó tendido en la silla, mirando cómo subía la luna llena sobre las playas luminosas. Como la corona de una medusa, miles de serpientes se habían subido a las crestas de las playas y se extendían densamente por los bordes del llano, exponiendo los lomos blancos a la luz de la luna.

—¿Mechipe?

El guía había estado esperando en la oscuridad, sentado en cuclillas.

—¿Doctor Gifford?

Gifford habló en voz baja, pero clara.

—Las muletas. Allí. —Mechipe le pasó los dos palos tallados y Gifford tiró a un lado las mantas. Sacó con cuidado la pierna del arco de yeso, se sentó, y volcó el arco. Apoyado en las muletas se inclinó hacia adelante hasta encontrar el equilibrio. El pie vendado se alzaba allí delante como un barrote de color blanco. —Bien. En la mesa, en el cajón de la derecha, está mi pistola. Tráemela.

Por primera vez, el guía vaciló.

—¿Pistola, señor?

—Una Smith & Wesson. Tiene que estar cargada, pero hay una caja de balas en el cajón.

El guía vaciló de nuevo, mirando hacia los dos toldos cercanos. Unos cortinados contra el polvo cerraban las entradas. Todo el campamento estaba en silencio. La arena todavía tibia acallaba las leves ráfagas de viento, y el aire era como talco.

—La pistola —dijo Mechipe—. Sí, señor.

Gifford se incorporó lentamente, y se detuvo. La cabeza le daba vueltas, pero el ancla enorme del pie lo aseguraba al suelo. Tomó la pistola y señaló el delta.

—Vamos a ver las serpientes, Mechipe. Tú me ayudas. ¿Estás listo?

Los ojos de Mechipe relampaguearon a la luz de la luna.

—¿Las serpientes, señor?

—Sí. Llévame a mitad de camino. Luego puedes volverte. No te preocupes, no me pasará nada.

Mechipe asintió con lentos movimientos de cabeza, mirando hacia las playas.

—Lo ayudo, doctor.

Moviéndose trabajosamente por la arena, Gifford se apoyó en el brazo del guía. Poco después descubrió que la pierna izquierda le pesaba demasiado para poder levantarla y arrastró el peso muerto por la arena blanda.

—Cristo, es lejos. —Habían avanzado veinte metros, y por algún capricho óptico las serpientes más cercanas parecían estar a medio kilómetro de distancia, visibles apenas entre las pendientes suaves.— Adelante.

Caminaron dificultosamente otros diez metros. La boca abierta del toldo de Lowry estaba a la izquierda, y la campana blanca de la red de mosquitos relucía entre las sombras como un monumento funerario. Casi agotado, Gifford avanzaba tambaleándose, tratando de ver a través de los colores del aire.

De pronto el revólver se descargó saltando en la mano de Gifford con un relámpago y un rugido repentinos. Gifford sintió en el brazo los dedos endurecidos de Mechipe y oyó en seguida el grito asustado de una mujer, y alguien que salía de la tienda de Lowry. Una segunda figura —esta vez un hombre— apareció detrás, y volviéndose para echarle una ojeada a Gifford se precipitó entre los toldos, corriendo con la cabeza baja hacia la ciudad de terrazas, como un animal asustado.

Fastidiado por estas interrupciones, Gifford buscó ciegamente el arma, forcejeando con las muletas. La oscuridad creció entonces alrededor, y la arena subió a golpearle la cara.

A la mañana siguiente, mientras desmontaban y empaquetaban los toldos, Gifford se sintió demasiado cansado para mirar hacia el delta. Las serpientes no aparecían hasta las primeras horas de la tarde, y la decepción de no haber podido alcanzarlas la noche anterior lo había agotado.

Cuando sólo quedaba el toldo de Gifford en todo el campamento, y las armazones desnudas de las duchas salían del suelo como piezas de una escultura abstracta, Louise se acercó.

—Es hora de que te empaquen el toldo —Louise hablaba casualmente pero con cautela—. Los muchachos están preparándote una camilla. Tienes que estar cómodo.

Gifford le indicó con un ademán que se marchase.

—No puedo ir. Dejen a Mechipe conmigo y llévense a los otros.

—Charles, muestra un poco de sentido común, por una vez —Louise, de pie, miraba a Gifford serenamente—. No podemos quedarnos aquí toda la vida, y tú necesitas tratamiento. Es ya evidente que el muchacho que envió Mechipe no llegó nunca a Taxcol. Nuestras provisiones no durarán eternamente.

—No tienen que durar eternamente —los ojos de Gifford, casi cerrados, inspeccionaron el horizonte lejano como un par de binoculares defectuosos—. Déjenme comida para un mes.

—Charles...

—Por Dios, Louise... —Rendido, Gifford apoyó la cabeza en la almohada. Vio a Richard Lowry que supervisaba el almacenaje de los equipos. Los muchachos indios se movían alrededor como niños complacientes.— ¿Por qué tanta prisa? ¿No se pueden quedar otra semana?

—No podemos, Charles —Louise miró a Gifford directamente a la cara—. Richard siente que debe irse, ¿entiendes? Por consideración hacia ti.

—¿Consideración hacia mí? —Gifford sacudió la cabeza—, Lowry me importa un rábano. Anoche yo iba a mirar las serpientes.

—Bueno... —Louise se alisó la blusa—. Este viaje ha sido un fracaso, Charles. Hay muchas cosas que me asustan. Les diré que desmonten el toldo cuando estés listo.

—Louise. —Haciendo un último esfuerzo, Gifford se sentó. Tratando de que Richard Lowry lo oyese y hablando con voz serena para no turbar a Louise, dijo entonces:— Fui a mirar las serpientes. ¿No lo entiendes?

Louise lo interrumpió con un repentino estallido de exasperación:

—¡Pero Charles! ¿No sabes que no hay serpientes? ¡Pregúntale a Mechipe, pregúntale a Richard Lowry o a cualquiera de los muchachos! ¡El río está seco como un hueso!

Gifford se volvió a mirar las playas blancas del delta.

—Vayanse los dos. Lo siento, Louise, pero no resistiría el viaje.

—¡Tienes que hacerlo! —Louise señaló las colinas lejanas, la ciudad de terrazas y el delta—. Hay algo malo en este sitio, Charles. Te ha llevado a pensar de algún modo que...

Seguido por un grupo de muchachos, Richard Lowry se acercaba lentamente, haciéndole señas a Louise. Louise vaciló un momento, y luego le indicó a Lowry que no se acercara y se sentó junto a Gifford.

—Charles, escucha. Me quedaré otra semana como me pides, para que aclares ese problema de las alucinaciones, pero prométeme que te irás entonces; Richard puede irse solo y esperarnos en Taxcol con un médico —Louise bajó la voz—. Charles, siento lo de Richard. Ahora me doy cuenta...

Se inclinó hacia adelante para ver la cara de Gifford. Gifford estaba tendido en la silla delante del toldo solitario; el círculo de muchachos lo miraba pacientemente desde lejos. Encima de una de las lomas, a quince kilómetros, flotaba una nube como el penacho de humo de un volcán dormido, aunque activo todavía.

-Charles.

Louise esperó a que Gifford hablara, pensando que iba a enojarse y que de este modo llegaría a perdonarla. Pero Charles Gifford sólo pensaba en las serpientes de las playas. [FIN]